

Manuel Chust (ed.), *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia: Universitat de València, 2010, 441 pags.

En momentos como los actuales de conmemoración de las Independencias latinoamericanas nos congratulamos de saludar la publicación de un proyecto novedoso y original. Porque no estamos ante la acostumbrada monografía con ocasión de estas celebraciones, ni el resultado de una investigación conjunta, ni siquiera un ensayo oportunista o las actas de un congreso científico. Sencillamente nos encontramos ante la opinión autorizada de cuarenta profesionales de la historia, de acá y allende el Atlántico, acerca de las independencias americanas. Los autores, coordinados por Manuel Chust, catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Jaume I de Castellón, forman un grupo diverso en formación, ideología y edad, a los que se les ha solicitado colaboración por escrito desde la pequeña y siempre dinámica en el ámbito americanista universidad levantina. La idea de hacer entrevistas a valores consagrados en los estudios históricos o recoger su opinión mediante cuestionarios es infrecuente en los modelos académicos hispanos, algo más practicada en el ámbito anglosajón, por eso seguramente debe reconocérsele a la iniciativa actual el valor de no haber recurrido a fórmulas trilladas. El libro, además, tiene un valor adicional para tomar la temperatura del estado historiográfico internacional actual sobre la materia de las Independencias, porque los participantes, de diversas generaciones, escuelas y países, lanzan propuestas, formulan tesis, hacen reflexiones y desempolvan las influencias en su propia formación en el oficio para, en definitiva, ofrecer perspectivas diferentes de un mismo asunto. Casi estamos ante una trayectoria de vida colectiva; un proyecto cuya realización ha llevado cumplidamente dos años de trabajo, y que, previsiblemente, lleve camino de convertirse en una obra de referencia, de largo alcance, que en el futuro pueda ser contemplada como balance del estudio historiográfico americanista y del propio Bicentenario.¹

Ahora bien, el que comentamos es un trabajo denso, de contenidos a ratos repetitivos, cuya lectura ha de dosificarse a pequeños sorbos, más indicada para investigadores y expertos universitarios que para el gran público. Quizá la estructura del volumen sea poco didáctica, pues seguramente sería más útil una agrupación de opiniones en base a unos criterios preestablecidos, pero no parece que fuera ese el plan acordado sino más bien un acercamiento plural y variado en un momento de conmemoraciones.

Los autores coinciden en considerar las Independencias un proceso histórico de relativamente pocos años, aproximadamente entre 1808-1830, pero de largo recorrido, y con fases diversas de acción y reacción. También hay unanimidad en considerar los procesos con carácter revolucionario o al menos, con presencia de mayores cambios que continuidades respecto al pasado.

La relación de autores, cuyo curriculum vitae se adjunta al final del libro, totaliza cuarenta profesionales de la historia de nacionalidad europea y latinoamericana,

¹ Un ejemplo "oportuno" de calidad es el ensayo de Sergio Guerra Vilaboy, historiador cubano y presidente de la sección cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas y del Caribe (ADHILAC): *Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la independencia de América Latina* (La Habana: Casa de las Américas, 2010). Esta obra fue galardonada con el Premio Casa de las Américas (2010), o Premio Extraordinario por el Bicentenario de la Emancipación Hispanoamericana.

más el editor, Manuel Chust, especialista en los procesos revolucionarios liberales-burgueses en España y América y en el constitucionalismo doceañista, quien firma también un breve capítulo introductorio sobre “El laberinto de las Independencias”. En esta parte Chust se queja de cierta lectura “presentista” y todavía “nacionalista” que se sigue haciendo de aquéllas en ciertos lugares, además de proceder a un repaso de lo que llama “planteamientos hegemónicos de los últimos cincuenta años”, esto es, las tesis “clásicas” desde la conocida en el marco de la Guerra Fría como “revoluciones atlánticas” del norteamericano R. R. Palmer – complementada por el francés Jacques Godechot – pasando por la exitosa tesis en su momento en España del británico John Lynch acerca del “neoimperialismo borbónico” origen de la discriminación y resentimiento criollistas que les habría conducido a liderar las independencias; sin olvidar la caracterización de “revoluciones burguesas”, si bien inconclusas, del alemán Manfred Kossok, hasta la lectura desde la “nueva historia política” del español de origen, pero formado completamente en Francia, François-Xavier Guerra, enormemente influyente durante un tiempo en universidades de América Latina. A continuación, algo previsible, Chust intenta acercarse a identificar la compleja conceptualización de una especie de historiografía del Bicentenario. La introducción de Chust es oportuna y efectiva, no en vano varios discípulos de los maestros mencionados estamparán su colaboración páginas más adelante, reconociendo esa deuda y estableciendo oportunas matizaciones: Véronique Hébrard, Geneviève Verdó (ambas docentes en Paris I Panthéon-Sorbonne) y Clément Thibaud (Nantes) en lo que atañe a Guerra, por ejemplo, o el profesor de la Universidad de Colonia, Michael Zeuske, respecto al magisterio de Manfred Kossok.

Desde las décadas de los sesenta y setenta – marcada sobre todo esta última por la influencia de la Teoría de la Dependencia en la interpretación absolutista de la Monarquía hispánica y, consecuentemente, las “incapacidades” de nacimiento de las nuevas estructuras –, las Independencias empezaron a ser mejor conocidas con los trabajos seminales de autores europeos: John Lynch, François Chevalier y Richard Konezke, por ejemplo. Ellos desplazaron el estudio historiográfico desde el exterior tradicional hacia elementos internos, pero aún así prevalecía una perspectiva centrada en los procesos institucionales del Imperio, desconociendo el accionar de otros sujetos sociales. En el caso del hispanista inglés centrándose en las categorías de “legado colonial” y de la “segunda reconquista” llevada a cabo por el Imperio español mediante las reformas borbónicas, que darían lugar a la resistencia de la aristocracia criollista y algo más tarde a la emergencia de los caudillos, como fenómeno de poder entre un Estado colonial destruido y uno republicano todavía no consolidado, con instituciones frágiles e incompletas. El historiador francés Chevalier fue pionero en estudiar el aspecto socioeconómico a través de la formación de las haciendas, y el alemán Konezke, por su parte, ahondó en el legado cultural colonial, aunque de manera eurocéntrica.

La escuela de *Annales* francesa y la historia social inglesa darán impulso al estudio de otros legados culturales igualmente presentes en las sociedades americanas: de indígenas, afroamericanos y mestizos. Seguirá en el tiempo una interesante discusión animada por Antonio Annino y François-Xavier Guerra acerca de la invención de la nación moderna en el mundo iberoamericano, de modo que las Independencias no habrían sido la causa, sino la consecuencia – política – de la crisis de las dos monarquías peninsulares (*Modernidad e Independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 1992). El profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires, José

Carlos Chiaramonte, ubicó las revoluciones en el marco de crisis de la dominación española, la creciente expansión británica y la existencia de conflicto en casi todos los grupos sociales americanos. Efectivamente, el sujeto de la nueva nación moderna no quedará libre de tensiones con otras comunidades tradicionales, como ha investigado la bolivianista Marie-Danielle Demélas (*La invención política: Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX*, 2003) (pp. 33-36). Antes, la interpretación procedente de la historia económica (Carlos Cipolla) fue aplicada a Iberoamérica por los norteamericanos John Jay TePaske y Kendall Brown, entre otros, concluyendo, a su vez, que los costes de mantenimiento del Imperio (gastos crecientes de defensa que habrían obligado a aumentar la fiscalidad local) se volvían mayores que los beneficios, lo que condujo a un inevitable coste político.

La inmensa mayoría de los convocados cumple fielmente con la misión solicitada, y solo en algún caso aislado no responden a la totalidad de las preguntas o lo hacen refundiendo varias en una, proceder que, por otra parte, el lector agradecerá seguro, pues aún así se superan los cuatro centenares de páginas de texto (la bibliografía final ya ocupa las últimas treinta y seis).

Los historiadores con mayor presencia son españoles, ocho en total, circunstancia comprensible por tratarse de una iniciativa gestada y sufragada en España; les siguen seis argentinos, los más numerosos del continente americano. Colombia está presente con tres respuestas, las mismas que Estados Unidos, pero también Reino Unido y Francia. Les siguen con dos México, El Salvador y Venezuela, y sendos informes procedentes de Italia, Ecuador, Chile, Perú, Brasil, Uruguay y Bolivia. La nómina detallada de los participantes (catorce mujeres incluidas) agrupa tres perfiles: figuras consagradas, profesores de menor edad en plena actividad y jóvenes promesas podríamos decir o recientes doctores. Al detalle la lista es la siguiente: John Elliot, John Fisher, Tulio Halperín Donghi, Josep Fontana, Jaime E. Rodríguez, Eric Van Young, Carlos Marichal, Germán Carrera Damas, Brian Hamnett, Alberto Gil Novales, el recientemente malogrado David Bushnell, Ana Ribeiro, Ana Frega, Armando Martínez, Beatriz Bragoni, Enrique Ayala, Carlos Contreras, Clément Thibaud, Óscar Almario, Geneviève Verdo, João Paulo G. Pimenta, Jorge Gelman, Julio Sánchez, Marta Iruozqui, Miquel Izard, Nidia R. Areces, Sara E. Mata, Tomás Straka, Víctor Peralta, Alfonso Múnera, Mónica Quijada, Xiomara Avendaño, Michael Zeuske, Juan Marchena, María Luisa Soux, Federica Morelli, Patricia Galeana, Sajid Herrera, Véronique Hébrad, Juan Andreo, Eduardo Cavieres, Ivana Frassetto. El editor del volumen, Manuel Chust, da cuenta en la “Presentación” de las seis preguntas a las que fueron invitados a responder: 1. ¿Cuál es la tesis central sobre las independencias?, 2. ¿Qué provocó la crisis de 1808?, 3. ¿Se puede hablar de revolución de independencia o, por el contrario, primaron las continuidades del Antiguo Régimen?, 4. ¿Cuáles son las interpretaciones más relevantes, a su entender, que explican las independencias iberoamericanas?, 5. ¿Qué temas quedan aún por investigar? y, finalmente, 6. Cuestiones que desee formular y que no hayan quedado registradas anteriormente. El objeto confesado es “ofrecer una amplia representación de estudiosos de la mayor parte de los países iberoamericanos” para “contrastar sus respuestas” (p.11) y abrir puertas a la reflexión.

Los autores dicen lo previsible. No es novedoso el discurso para un lector familiarizado con el tema de estudio. Son autores que llevan en muchos casos largos años de dedicación docente e investigadora. El libro informa de la “genealogía” de la

profesión, en ocasiones con detalles personales relevantes sobre su formación juvenil o su preferencia por el tema de estudio americanista, como cuando Halperín Donghi recuerda el encargo que le hizo en los inicios de su carrera la editorial italiana Einaudi de un libro de alta divulgación sobre la Historia de América, germen de la siguiente Historia de América Latina de casi veinte años después, editada por la madrileña Alianza Editorial, en un proyecto dirigido por Nicolás Sánchez Albornoz, sobre *Reforma y disolución de los imperios ibéricos* (1985) (p. 126). O también cuando el alemán Michael Zeuske, de la Universidad de Colonia, relata que allá por 1979 Manfred Kossok les dijo a Bernd Schroeter y a él mismo que necesitaba dos doctorandos para trabajar el tema de la hegemonía y el de las masas populares, en un ambiente, el de la República Democrática Alemana, de mucha presión para debatir el rol de los procesos de reforma en la historia, con la teoría de la Dependencia y la del “legado colonial” enseñoreadas del entorno, y que como no podían ir más que a Cuba, aprovecharon para investigar las fuentes del Archivo Nacional con ayuda en La Habana de Eduardo Torres Cuevas (actualmente director de la Biblioteca Nacional de Cuba).² También informa que en los años noventa le fue de crucial influencia el libro de Rebecca Scott Slave sobre La emancipación en Cuba (*Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton, 1985, reimpresso en 2000).

Las respuestas a la penúltima de la preguntas formuladas – qué queda por investigar –, merecen cierto detenimiento, pues el grado de consenso es verdaderamente significativo. En primer lugar se señala la necesidad de indagar en la participación de la población indígena, sectores populares y grupos subalternos. El veterano Josep Fontana nos orienta a propósito muy oportunamente recordando que “Si se quiere encontrar el rastro de vida de los marginados no se debe ir a buscarlo en los textos legales ni en los periódicos, sino en la documentación de los tribunales, donde tal vez no aparezcan fielmente reflejados sus argumentos, pero sí sus conflictos” (p. 148). Un segundo tema insuficientemente tratado – según denuncian tanto historiadoras como historiadores – es todo lo concerniente al género, es decir, la participación de las mujeres antes, durante y después de las independencias o, lo que es lo mismo, en la conspiración, en la movilización social y en la guerra. La mexicana Patricia Galeana se queja, valga como ejemplo, de que en la historiografía de su país “solo se ha destacado a un puñado de mujeres, todas de la clase acomodada”, entre otras, Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del corregidor de Querétaro, amiga de Hidalgo y ferviente promotora de la insurgencia (p. 173).

El estudio de los símbolos, apariencias y representaciones, entrando en el campo de las tradiciones y los valores, lenguajes, imaginarios e identidades políticas a largo plazo tampoco está en absoluto cerrado. La adaptación y el uso del lenguaje político liberal, así como las formas de control social y las acciones administrativas particularizadas que están en la gestación de las independencias son ámbitos abiertos a la indagación.

Subtemas importantes que no han sido tratados en su totalidad remiten a la problemática regional. Hay que seguir buceando en las formas que toma la incorporación de los distintos espacios regionales y de nuevas masas humanas y las transformaciones que experimentaron los viejos recintos coloniales. El papel de los

² Es remarcable que la misma Universidad Jaume I de la que ha partido la iniciativa que reseñamos, ha sido la editora de: Lluís Roura y Manuel Chust (eds.) *La ilusión heroica. Colonialismo, revolución, independencia en la obra de Manfred Kossok* (Castellón de la Plana: Universitat Jaume I, 2010).

Cabildos, pues, se revela esclarecedor. De la misma manera, la valoración del esfuerzo para adaptar y echar a andar el modelo republicano de gobierno debería suscitar más empeño investigador. Las guías de forasteros, ordenadas por los virreyes, habrían de ser “explotadas” más de lo que han sido hasta ahora, pues son importantes para estudiar la transición de las complejidades de instituciones del antiguo régimen al nuevo orden republicano (p. 272).

Otro tema de cuya necesaria profundización siempre se habla es el de la estrecha vinculación con los episodios políticos españoles. Las potencialidades que abre son muy grandes: por un lado, una nueva lectura crítica de la historiografía colonial, pero por otro, el estudio del pensamiento realista de la Independencia y la actuación del Clero. Ahondar en los alcances concretos del liberalismo doctrinario y las sociabilidades, la difusión de la prensa escrita, la formación de una opinión pública, la representación y los procesos electorales, acabaría de redondear el estudio independentista en algunas regiones. Una cuestión irresuelta sigue siendo la del conocimiento y la comprensión del funcionamiento de las redes insurgentes. Infrarrepresentado está también el trabajo con fuentes judiciales de la región centroamericana y la comprobación de las continuidades del régimen borbónico mediante las Intendencias. Por el contrario, las influencias del liberalismo doceañista (José Antonio Serrano) y la Constitución de Cádiz (Manuel Chust) están empezando a ser valoradas amplia y recientemente.

La inmensa mayoría de los participantes se muestra expresamente partidario de una perspectiva comparativa extendida a las colonias angloamericanas, lo que no está reñido con el ahondamiento en la autonomía provincial. Más de uno recurre a la expresión de Pierre Vilar de hacer una “cartografía cronológica” de la revolución, señalando el papel destacado del Caribe y, especialmente, por su carácter temprano y etnicista, Haití. Sobre el impacto de las independencias americanas en las realidades española y europea, africana o asiática de entonces, no hay, sin embargo, casi nada hecho.

Durante un tiempo y especialmente en el ámbito latinoamericano no se le prestó demasiada atención a todo lo que tuviera relación con los ejércitos realistas; proceder ya superado, afortunadamente. La composición y conducta aun fuera del campo de batalla de los ejércitos bolivarianos fue iniciada por Clément Thibaud con muy buenas perspectivas: formas de reclutamiento, ejército como medio de socialización, tipo de ideas y transformación de las mismas por la experiencia de las campañas, los desplazamientos y las batallas. También la vida familiar y cotidiana de los combatientes se ha iniciado, si bien sobre todo desde el estudio de las epidemias y la demografía en general. En el campo económico interesa conocer el impacto que tuvo la guerra en la producción y las finanzas, en la fuerza de trabajo y la estructura de las explotaciones agropecuarias, todavía mal conocido o de forma fragmentaria. Sin olvidar las relaciones mercantiles: no contamos con estudios completos sobre el volumen y el precio de las mercaderías, los orígenes y los destinos de los productos, los grupos mercantiles “americanos” y extranjeros, las relaciones entre los intercambios regionales y el comercio trasatlántico en el marco de la guerra y los procesos de conformación estatal, como apunta Ana Frega, de la Universidad Nacional de la República, Uruguay (p. 169). Carlos Marichal, de El Colegio de México, por su parte, insiste en la importancia y complejidad de la fiscalidad y el gobierno de las guerras: “En el Archivo General de la Nación de México – anota – existen más de mil grandes cajas de documentos de las guerras contra los insurgentes entre 1810 y 1820, y apenas han comenzado a explorarse”

(p. 266). La carencia de estudios es más grave si sabemos que el carácter altamente militarizado de las sociedades y los nuevos gobiernos hispanoamericanos va a tener una influencia perdurable (Halperín Donghi ya lo inició con el clásico *La guerra y la revolución*).

Finalmente, el aspecto pedagógico de unas Independencias vistas durante mucho tiempo como actos fundacionales de los nacientes Estados-nación, conllevó un enorme peso cívico, circunstancia que varios de los historiadores encuestados mencionan explícitamente. De ahí la conclusión expresada por de Eduardo Cavieres F., de la Universidad de Valparaíso (p. 115) pero de carácter compartido de que los bicentenarios no sean solo festejos oficiales, sino “verdaderas oportunidades para volver a pensarse como sociedades”. El desafío queda planteado.

M^a Palmira Vélez Jiménez
Universidad de Zaragoza. España
iris@unizar.es

Fecha de recepción: 16 de diciembre de 2011

Fecha de aceptación: 23 de diciembre de 2011

Publicado: 31 de diciembre de 2011

Para citar: M^a Palmira Vélez Jiménez, “Manuel Chust (ed.), *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia: Universitat de València, 2010, 441 pags.”, *Historiografías*, 2 (julio-diciembre, 2011): pp. 134-139, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/2/6.pdf>